

so para quien osara desafiar al dueño de las cicatrices.

Este mandato era favorecido muchas veces, porque el hombre que exhibía las cicatrices era el más valiente y poderoso de la tribu, en este caso, era ciegamente obedecido. El jefe tribal para atemorizar a los incrédulos, anunciaba que los malos espíritus caerían sobre todas las personas que no respetaran el tabú.

En este momento es que aparece en escena el hechicero, ya que su "poder mágico" favorecía la propagación de diferentes tabúes. Mientras más misterioso fuera el tabú, más poder significaba para el brujo.

El tabú era representado en diferentes formas, podía ser un dibujo mostrando una figura repulsiva, un palo, un trapo, un montón de plumas o una, o algo más práctico: una cruz.

En Haití encontrarse dos palitos formando una cruz en un determinado sendero, significaba para los "afortunados", un terror difícil de explicar. Preferían dar rodeos para llegar a sus casas, que pasar por donde estaba la cruz de palitos.

La mujer va a jugar un papel importante en cuanto al desarrollo histórico del tabú. En sus orígenes, el único nexo afectivo que la unía al hombre, era el apetito sexual de éste.

En la horda primitiva, el hombre de más poder, disponía a su antojo de las mujeres del grupo, cuando los compañeros sucumbían ante los encantos de las mujeres del "jefe",

eran sacrificados, cegados, castrados, o expulsados de la horda.

Cuando el hombre primitivo comienza a conocer la agricultura, le asigna a la mujer, diferentes obligaciones: recoger hierbas medicinales, cuidar rebaños, curtir pieles, atender el hogar -iluminar la caverna con lámparas de sebo, o prender el fuego con la chispa ocasionada por la frotación de una piedra sobre otra- y ayudar al nacimiento de los niños.

Las técnicas del parto no estaban muy refinadas todavía, por tanto, la ayuda que le prestaban a la parturienta, era muy exigua: masajes en el cuerpo, cánticos, bailes y aspersiones, etc.

El parto se producía con la mujer sentada, agachada, o algunas veces de pie. La sangre que derramaba el organismo de la mujer durante el parto tenía carácter maléfico para el clan, ya que dentro del grupo, según sus creencias, no existía la sangre individual -la de cada persona- sino la sangre colectiva. Derramar sangre era señal de peligro para la comunidad, y poner incluso en dificultades la futura existencia del grupo.

Los zulúes cuando expulgan a un compañero, dejan las pulgas aparte para devolvérselas juntas, después de la limpieza. En esa forma evitan tener entre sus manos un medio seguro para ejercer sobre el otro un maleficio. Debido a que el alma y su vida, están en la sangre succionada por los parásitos. Por esa razón, las "chozas de la menstruación" son construidas alejadas del centro de la tribu, para las jóvenes que van a tener su primer período menstrual. Además de impedir